

Lectura del primer capítulo: MIKA EN LA ANTIGUA GRECIA

1. Los olímpicos

Mika estaba despierta pero no podía ver nada. Le llegaban los gritos lejanos de una multitud en una lengua extraña, como los alaridos de bárbaros que estuvieran asaltando una ciudad.

Antes de que lograra darse la vuelta —tenía el hocico hundido en el polvo— trató de recordar lo que había sucedido por si le servía de pista para saber dónde estaba.

Lo último que recordaba era que, tras huir de los guardianes de la Pirámide , había logrado encontrar su cápsula del tiempo semienterrada en el desierto. Antes de que le dieran alcance sus perseguidores, había activado la palanca cronopropulsora y todo se había desintegrado a su alrededor. Un momento antes había visto en los monitores el año -432 a.C. y la imagen de un templo de mármol blanco sobre una colina.

Mika se levantó con dificultad y vio que se hallaba sobre una superficie de arena. No era como la del desierto egipcio ni tampoco como la de Arizona, donde había vivido con su querido amo, el Profesor Franziskus, hasta que una palanca activada por error le había llevado muy lejos en el tiempo y el espacio.

¿Dónde estaba ahora?

Levantó un poco la cabeza y encontró a su lado las gafas-prismáticos y la gorra protectora. Su reloj de pulsera seguía firmemente agarrado a su pata.

Era el momento de explorar el terreno. ¿Y si había vuelto a casa y se encontraba en una parte del desierto de Arizona que no conocía?

La figura de un corpulento hombre desnudo que corría hacia ella le hizo sospechar que no era así. Mika tuvo tiempo de esquivarlo, justo cuando otro hombre desnudo llegaba del lado opuesto y saltaba sobre ella como un tigre.

Muy asustada, dio un brinco felino para esquivar este segundo atacante, que chocó ruidosamente

con el anterior. Acto seguido, ambos hombres se enzarzaron en una salvaje pelea donde no faltaban los empujones, los abrazos mortales y las zancadillas para hacer caer al adversario.

El sonido de una aguda corneta interrumpió aquella pelea que había erizado el pelo de la gata crononauta, que aún se preguntaba dónde se encontraba y qué clase de salvajes eran aquellos.

Un hombre calvo cubierto con una túnica blanca empezó a increpar a Mika:

—¡Por Zeus! ¿Qué hace un gato en esta sagrada arena? Podría mandar que te decapitaran por esto.

—Disculpe —empezó Mika, sorprendida de entender una lengua que jamás había oído—, ¿me puede decir dónde...?

—¡Largo de aquí si no quieres que te arranque el pellejo ahora mismo! ¡Por todos los dioses del Olimpo!

Mika corrió hacia una grada llena de espectadores vestidos con túnicas. Por sus silbidos y aullidos, parecían muy enfadados con la interrupción del espectáculo.

Antes de que las cosas se torcieran aún más, la gata viajera se ocultó bajo el peplo de un anciano ciego al que un muchachito iba contando lo que sucedía en la arena. La lucha de los hombres desnudos terminó con la derrota del más corpulento de ellos, que al ser derribado por su contrincante fue expulsado con dos toques de corneta por el calvo que hacía de juez.

El niño, que había visto perfectamente cómo Mika se ocultaba bajo las vestiduras del anciano, le preguntó con un susurro, para que nadie más les oyera:

—¿Eres gato o gata?

—Gata —respondió ella, sorprendida por aquella pregunta.

—¿Estás casada?

—¿Cómo? Los gatos no...

—Si lo estás, corres peligro de muerte aquí —le dijo el chico—. Sólo los hombres y las mujeres solteras pueden ser espectadores de la Olimpiada. ¿No ves que van desnudos?

El niño calló al recibir un cachete del anciano ciego, que le ordenó:

—No te distraigas y cuéntame lo que está pasando.

Acababan de saltar a la arena otros dos jóvenes que se contemplaban con los puños cerrados. Tras medirse con la mirada unos segundos, empezaron a asestarse golpes que restallaban contra la piel desnuda como un látigo.

Mika entendió que eran una extraña especie de boxeadores, lo que no la ayudaba a saber dónde estaba. Al mirar su reloj que marcaba las épocas se asustó:

[-432 a.C.]

—¿Dónde estamos? —preguntó Mika al niño.

—Cerca de Élide.

—¿Y eso, dónde cae?

Un manotazo del ciego, esta vez en la nuca del chico, puso fin a aquella conversación.

Terminado el combate entre los boxeadores, el público se desplazó hacia otra parte del estadio para asistir a la salida de una carrera. Tampoco los corredores llevaban ropa, pero eso no parecía sorprender a los espectadores, que conocían por el nombre a los diferentes atletas y animaban a unos u otros según su preferencia.

A esta prueba siguieron una serie de lanzamientos de jabalina y disco. Un joven que lanzaba este último hizo pensar a Mika en una estatua de «El discóbolo» que había visto en su California natal. Era copia de una más antigua y la había visto en el museo del deporte.

Cuando las pruebas cesaron, los espectadores empezaron a abandonar las gradas entre comentarios de lo que se había visto aquella mañana.

Hacía un sol abrasador.